

Frédéric Martínez, *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional de Colombia 1845-1900*. Bogotá, Banco de la República/Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001, 580 páginas.

El libro, esperado desde que su autor presentara los primeros avances de su investigación en forma de ponencias y artículos, es la traducción de una tesis doctoral sustentada en la Sorbona en 1997 y publicada en su lengua original, por el Instituto Francés de Estudios Andinos.

El trabajo trata exactamente de lo que su subtítulo enuncia. El autor si hizo cargo de una tarea que José Luis Romero formulara ya en 1964 para el continente: "... para comprender las formas del comportamiento latinoamericano, las formas que alcanzó el lento y trabajoso proceso de conquista de la propia individualidad en cada área latinoamericana, es ... importante...precisar las imágenes sucesivas que Latinoamérica se hizo de Europa."¹ Frédéric Martínez, también comenzó a ocuparse del tema de los referentes externos en los países latinoamericanos en general. Luego optó por el caso colombiano al estudio detenido.

Su investigación parte de un rastreo bastante minucioso de las sucesivas y muy diversas imágenes de Europa presentes en Colombia, es decir entre las élites colombianas. El sentido de esta labor sobrepasa las funciones del simple registro en un mapa de representaciones. Martínez estudió la referencia exterior como parte integrante del proceso político colombiano, en esto radica la fuerza de su trabajo. Mediante este enfoque el análisis se abrió a la selectividad y maleabilidad de las representaciones que de Europa se hicieran las élites colombianas decimonónicas, todas las veces bajo la influencia decisivo de sus respectivos intereses actuales. Así, también fue posible abordar el problema de la funcionalidad de las cambiantes referencias exteriores para grupos y momentos históricos concretos, sustrayendo el estudio a los esquemas recurrentes.

El trabajo de Martínez se basa en la revisión de un gran volumen de fuentes de muy diversa procedencia. En numerosos casos, su fuerza ilustrativa está puesta al alcance del lector. Entre las fuentes que sustentan el estudio se encuentran múltiples declaraciones oficiales y exposiciones argumentativas de los funcionarios del Estado y de las figuras representativas de todos los bandos políticos que en la época se sintieron llamados a intervenir en la construcción del nuevo Estado. Con igual intensidad el autor de *El Nacionalismo cosmopolita* ha estudiado una abundante correspondencia privada y oficial, prensa, panfletos, ensayos y libros confeccionados por autores pertenecientes a las élites colombianas de la época. Otro pilar de la investigación es el estudio detenido del material disperso sobre los viajeros colombianos, sobre sus experiencias europeas y sobre las interpretaciones y elaboraciones que éstas sufrieron en el país, convertidas en objeto de debate político.

Los resultados de esa investigación de largo aliento se presentan en tres grandes

¹ J. L. Romero, J.L., "La situación básica: Latinoamérica frente a Europa" (orig. *Diogene*, Paris, jul-sep. 1964), en *Situaciones e ideologías en América Latina*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2001, p. 16.

partes. Dos de ellas, la primera y tercera, se centran en la articulación de los cambiantes contenidos y formas de las influencias europeas en el discurso político con los sucesivos intentos de construcción del Estado, que a su vez estuvieron atravesados por los conflictos partidistas en la lucha por el poder. Ésta es la línea principal de “Discursos europeos, conflictos colombianos (1845-1867)” (I) y “Los modelos importados del Estado nacional (1867-1900)” (II). La parte segunda, titulada “El viaje a Europa”, es, en realidad, un estudio relativamente autónomo -en cuyo contexto el autor elaboró una base de datos sobre 580 viajeros que fue publicada aparte- que hace las veces de puente entre sus secciones vecinas. A través del impacto de los viajes se tratará de explicar el cambio entre cierto fervor europeísta, bastante ampliamente compartido al comienzo, y el discurso nacionalista de la Regeneración.

En asocio con el interés por la referencia externa en la construcción del Estado y de la Nación Martínez establece el círculo social de interés prioritario para su trabajo. No hay duda de que la instalación del nuevo Estado refleja la preocupación prioritaria de las élites criollas. Son ellas quienes mueven las ideas relacionadas con el asunto, así como el terreno de las realizaciones. Por tanto es a ellas a quienes corresponde el primer lugar en el análisis sobre el tema enunciado. El estudio de Martínez se centra en la segunda generación de las élites colombianas después de la Independencia, es la que se disputa el mando del país hasta finales del siglo. En la formulación de sus proyectos políticos, al lado de la construcción del Estado se plasma, como otra de las dos tareas que conciben como suyas y vitales, la fundamentación de su legitimidad.

A mediados del siglo - en el período identificado por Martínez con un “cosmopolitismo original” o “inicial”- la disposición de las élites colombianas es marcadamente proeuropea. Para ellas, Europa es la civilización. Las referencias a ella son omnipresentes y siempre actuales. Se registra un interés sostenido por lo que ocurre en el Viejo Continente, ante todo, aunque nunca exclusivamente, en el ámbito de la política, muy en particular en Francia. Los signos de una circulación permanente y sorprendentemente animada de ideas, debates e información procedentes del Viejo Continente resultan imponentes. Las élites colombianas mismas se hacen cargo de la divulgación, en la medida en que para sus propios debates hacen uso selectivo del variopinto arsenal de ideas y modelos disponibles. Tales referentes adquieren el carácter de elementos constitutivos e ineludibles de la articulación de los proyectos políticos colombianos. Por esta razón Martínez considera al referente externos como elemento endógeno de la historia nacional colombiana. En realidad, los debates políticos están completamente permeados por ese referente. De modo que no hay, en esa época, nada que pudiera sustentar la idea de una inclinación hacia el aislamiento. Para Martínez resulta obvio que las élites del país se enfrentaron a una necesidad imperiosa de modelos y ejemplos disponibles en Europa. Al mismo tiempo, el autor trata de recoger un hilo más antiguo y más profundo que liga a esas élites con el Viejo Continente, por ejemplo cuando señala que la inclinación de las élites criollas a concebir la civilización como un bien de importación está impregnada del hecho de que su “identificación por un origen europeo que los distingue de la plebe tiene prelación sobre una identificación por la nacionalidad” (p. 531). La distinción, el lugar social, la autoestima pasan, pues, por la pertenencia a un mundo europeo, que para esas élites

no se presenta realmente como otro mundo o como aparte. De ahí también que ellas se atribuyen con entera naturalidad el papel de mediadoras culturales entre el Viejo Continente y el nuevo mundo. Desde luego que a ellas les corresponde la selección, traducción, trasmisión y divulgación de aquellos modelos que parecen ser útiles a sus fines en el país.

El vínculo europeo, empero, resulta problemático. En principio lo es desde un comienzo, en la medida en que lo es la naturaleza de las élites locales. Son ellas, al mismo tiempo, la colonia y su negación. Nacieron y serán élites segundonas. Pero quisieran que esto no fuera cierto, su europeísmo inicial es parte del esfuerzo por ignorar que en realidad, las condiciones que les confieren el estatus de élites son en definitiva colombianas. Martínez apenas insinúa la ambigüedad de esa condición, pero el material que expone resulta extraordinariamente ilustrativo.

La percepción europea de esas élites nunca abarca todo el Viejo Continente. De preferencia decidida goza Francia, a cierta distancia sigue Inglaterra, así es en América Latina en general. La mirada se dirige hacia París y Londres, casi exclusivamente. Esa impresión se confirma con el estudio sobre los viajeros. Hablar de Europa como si proporcionara un referente en su conjunto, en consecuencia resulta un tanto engañoso. La Europa del siglo XIX en las representaciones criollas excluye a España, hasta el giro hacia el neotradicionalismo. Desde luego que ésta es una exclusión más importante que otras. Como quiera que se expliquen las limitaciones específicas de la imagen que los criollos se hacían de “el exterior” y en particular de Europa, abrigo serias reservas frente a la propuesta de Martínez de denominar “cosmopolitismo” al europeísmo selectivo y funcional que los caracteriza.

Los viajes. Las estadísticas de Martínez presentan una curva de ascenso relativamente marcado desde mediados de los años sesenta del siglo XIX. Evidentemente se registra un aumento del activismo viajero en relación con el crecimiento de la economía exportadora que facilita algunos ascensos sociales de nuevos. En general, los viajes son motivados por fines diversos y muchas veces combinados que dificultan su clasificación de acuerdo con objetivos claros. Martínez resalta dos aspectos de la historia de los viajeros como relevantes para su tema. En primer lugar se registra el hecho de que con la nueva generación de viajeros se amplía el número de las personas que cuentan con una experiencia *in situ*, en vez de basar sus ideas europeas exclusivamente en la literatura. El viaje se vuelve tema predilecto que da lugar a todo un género de publicaciones y debates. En segundo lugar, la experiencia del viaje representa un golpe. No todos lo sienten con la misma intensidad. Pero el efecto es consistente. El impacto afecta profundamente la autoimagen de las élites colombianas. Ellas se sienten maltratadas y rechazadas por esa Europa de sus anhelos. Cuál es el problema? En su percepción Europa sigue encarnando a “los países avanzados” que marcan el ritmo al cual se debe aspirar. Al mismo tiempo ellas tienen que asimilar la experiencia de la pertenencia negada. La elaboración de ésta resulta demasiado exigente. Entonces, se habla del rechazo de parte de Europa, donde éste provino de grupos concretos que eran de interés particular. Las barreras encontradas se presentan como si se dirigieran contra Colombia, donde lo que está en juego concretamente es la frustración de unas

expectativas mucho más específicas de un grupo determinado de colombianos. Ciertamente, una función importante del viaje consistió en la confirmación de la pertenencia a la élite europea. La ambición, a fin de cuentas era compartida por las élites viejas de Colombia y los recientemente ascendidos, más urgidos de la certificación de estatus. El texto de Martínez ofrece una maravillosa muestra de los círculos con que los viajeros colombianos buscaron vincularse y de la “diplomacia” ensayada en función de tal acercamiento. Todo expresa una profunda ambigüedad y, resulta evidente que parte de la negativa que se atribuye a Europa oculta la propia negativa frente a Colombia como un todo. Nunca se la asume como propia sino de manera muy selectiva y siempre con alguna vergüenza. Los criollos colombianos no ahorran esfuerzos para convencer de que ellos son mucho más civilizados de lo que son sus otros paisanos. Ahora perciben que no son una extensión de la aristocracia europea. Ésta es la razón por la cual, de acuerdo con Frédéric Martínez, para muchos el viaje se convierte en una intensa experiencia de americanidad.

Nuestro autor identifica en ella un impulso decisivo de una reorientación hacia un discurso nacionalistas. El momento coincide con el debilitamiento del patriotismo republicano y con la necesidad cada vez más urgente de integrar a las masas precozmente politizadas a los proyectos de las élites, en especial a sus contiendas electorales. Los exponentes más decididos del nuevo discurso serán los conservadores y liberales independientes que aprovechan la oportunidad en su lucha por el poder. Ellos elaboran entonces una identificación nacional idealizada que pasa en primer lugar por el catolicismo. Este sería el principal fundamento de un imaginado sentimiento de unidad que es, a la vez, un instrumento de disciplina por la vía de la sumisión y del respeto irrestricto a la autoridad eclesiástica. La espiritualidad hispánica es, de hecho un elemento adjunto al catolicismo, sólo que trata de rescatar el borroso nexo con los ancestros peninsulares. Un complemento en la empresa retórica nacionalista de la Regeneración es el aislamiento, como expresión de una voluntad de protección frente a las influencias externas asimiladas a la modernidad material. Martínez destaca la enorme distancia entre la nación que imagina ese discurso y las realidades del país que denota una relación muy peculiar entre el verbo y la acción. Ésta, a pesar de todo, continúa apoyada en modelos externos. Sólo que el énfasis está puesto cada vez más sobre la importación de unas instituciones concretas. Las importaciones liberales se frustran en buena parte por el retorno del poder conservador. Bajo su tuteló los renovados esfuerzos de construcción del Estado y de la Nación se acompañan igualmente y no obstante el discurso nacionalista instrumental de unas importaciones institucionales. Entre los referentes externos ahora destaca el ideal de un Estado fuerte. En clave de la Regeneración esto significa ante todo un Estado represivo con funciones de contención. Esta concepción orienta la labor de construcción institucional, Iglesia y represión. Escapa de la atención regeneradora el hecho de que las posibilidades de aceptación incluso de un Estado autoritario están condicionadas por los niveles de integración que representa. Martínez señala que la retórica sobre el orden público en las naciones adelantadas, agitada por los gobernantes de la Regeneración, no resulta

menos ingenua que la de sus antecesores liberales, estigmatizados sin cesar por su inclinación por las ideologías importadas, y comparte con ella la categoría de las utopías importadas (p. 545).

Martínez hace visible -y este me parece el resultado más interesante de su trabajo- una relación sustancial entre “la concepción profundamente instrumental del vínculo político por parte de los grupos dirigentes” en la Colombia decimonónica y la incapacidad de estos mismos grupos de desarrollar una percepción realista de la sociedad. Esta combinación explicaría en buena parte la frustración de los proyectos de construcción del Estado aún en el caso de la Regeneración. Pero además, los efectos de es binomio duradero de una concepción instrumental de la relación con el pueblo y una visión fantasiosa de la realidad habría prefigurado no sólo los cruentos conflictos de los Mil Días sino también los rasgos violentos del siglo XX colombiano.

Vera Weiler

*Profesora del Departamento de Historia
Universidad Nacional de Colombia*